

## **HACIA EL FINAL DE UN CICLO**

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. José Luis García Delgado\*

Querido Presidente  
Sra. y Sres. Académicos:

En línea con lo hecho en los tres cursos precedentes, ofrezco algunas reflexiones sobre hechos que en los últimos meses han tenido especial relieve, desde la perspectiva económica, para captar el pulso de la situación española (y europea, en algún caso). Compartiré así mis cavilaciones de observador que se siente comprometido con el tiempo que le toca vivir.

El periodo acotado para esta ocasión son los dos cuatrimestres escasos que transcurren entre la huelga general de finales de septiembre de 2010 y el comienzo de abril de 2011, cuando el presidente Rodríguez Zapatero hace pública su renuncia a ser candidato en las elecciones generales. Como las veces anteriores, también ahora, a efectos expositivos, me situaré en tiempo presente a lo que en cada caso comento.

### **SEPTIEMBRE: HUELGA EN SAN MIGUEL**

El 29 de septiembre de 2010 debería marcar un punto de inflexión, rectificándose una trayectoria que sólo efectos negativos puede tener para la economía y la democracia españolas. Me refiero a la pérdida de credibilidad de los principales agentes sociales, un síntoma más de la crisis institucional que se superpone entre

---

\* Sesión del día 17 de mayo de 2011.

nosotros a la adversa situación económica. Durante decenios enteros, en la democracia española las grandes organizaciones sindicales y patronales, al tiempo que afirmaban su implantación, han ido ganando predicamento al demostrar voluntad de negociación y capacidad para alcanzar acuerdos, contribuyendo a atenuar la conflictividad laboral y a promover cambios en la gestión de los recursos humanos, deviniendo hasta cierto punto, sindicatos y patronal, gracias a su extendida presencia territorial y a la unificación de criterios y de “marcas”, en factores de vertebración nacional. Las cosas, sin embargo, han cambiado.

Para la credibilidad de los sindicatos, el escenario cercano no es ciertamente halagüeño. Instalados ahora, se ha señalado con acierto, en una “cómoda contestación” poco menos que ritualizada y sin esforzarse en ganar márgenes de autonomía respecto del Gobierno, la opinión pública tiende a considerarlos hoy corresponsables de la política económica que ha disparado el déficit público y retrasado la adopción de medidas claves para afrontar los graves problemas planteados. La convocatoria de huelga general (anunciada formalmente ¡tres meses y medio! antes de realizarse, todo un récord, sin duda, en la historia de este tipo de manifestaciones, queriéndose obviar al proceder así —nadie lo desmintió—, tanto las fechas de la fase final del campeonato mundial de fútbol, como las del calendario vacacional veraniego) ha acentuado, a tenor de los sondeos de opinión, el descrédito, después de una campaña plagada de desaciertos en modos y maneras, transmitiendo la impresión de que se trata de un órdago destinado más a la autolegitimación de las propias centrales sindicales que a definir objetivos precisos en beneficio de los colectivos a los que quieren representar. Con una tasa de paro del 20% (septiembre de 2010), que entre los jóvenes supera el 42%, en una economía que pierde aceleradamente competitividad internacional, y con un mercado del trabajo perversamente dual y encorsetado por reconocidas rigideces, no es fácil justificar una huelga general en protesta por una tibia reforma de la normativa laboral, de alcance más que dudoso. Y si encima de difícilmente justificable sale mal, como acabará sucediendo, los convocantes se hacen a sí mismos un flaco favor, con el resultado de mengua de respaldo social y de debilitamiento de su papel en el tejido institucional. Es precisamente lo que expresa una viñeta humorística publicada la víspera de la fecha escogida: por detrás de la caricatura de los secretarios generales de CC.OO y UGT, ambos con gesto desconcertado, un gran rótulo proclama: “4.612.700 desempleados + dos descolocados”. El ingenio ahorra palabras.

Pero tampoco en la acera de la patronal hay motivos para la autocomplacencia. Cuando más necesario es contar ahí con un liderazgo sólido, el presidente de la CEOE es cuestionado desde fuera y desde dentro de la propia organización, restándole así autoridad ante los suyos y capacidad de interlocución en unos u otros foros. Cualesquiera que sean las razones para esa contestación y con independencia de su fundamento, el daño último lo sufre la institución. Malo para la organización patronal, malo para el país.

Por eso, y vuelvo al principio, el 29-S debería suponer un cambio de tendencia. Sólo así en 2010 la festividad de San Miguel, según el santoral católico, dejaría algo positivo en el recuerdo.

### **OCTUBRE: MIRANDO A ALEMANIA**

Veinte años después de la entrada en vigor del Tratado de Unificación (el 3 de octubre), Europa vuelve a mirar expectante a Alemania. Si entonces, en época de euforia, lo hizo para atisbar el horizonte promisorio que podía traer consigo, ahora, en horas bajas, lo hace tratando de escrudinar la firmeza del compromiso alemán con el resto de sus socios continentales.

Las dos décadas transcurridas han dado la razón, desde luego, a quienes supieron apreciar la envergadura de lo sucedido. Para toda Europa y para el mundo entero, el lustro que va desde 1989, con la caída del Muro de Berlín, hasta 1994, con la gran ampliación de la UE, es un pasaje histórico capital, cierre de toda una época e inicio de otra. Emilio Lamo de Espinosa ha escrito páginas muy brillantes sobre ello. El tiempo se aceleró asombrosamente para registrar, en sucesión vertiginosa, el término de la división berlinesa, la unificación alemana y el derrumbe del imperio soviético, dejando atrás la Guerra Fría y la escisión del planeta en dos bloques. Pero igualmente el tiempo apretó el paso no sólo para ensanchar las fronteras de la Europa integrada, llevándolas hasta Tallín o Budapest y, acto seguido, hasta Bucarest y Sofía, sino también para impulsar con fuerza antes desconocida la globalización, que encuentra en el final del comunismo europeo un auténtico catalizador y en la Red un instrumento decisivo (fue en 1989, precisamente, cuando se puso a punto la www). La “galopada europea” de la era Delors —la del Acta Única y la de Maastricht— culminaba así insertándose en un envolvente movimiento de proyección universal.

Desde la perspectiva del papel de Alemania en la UE, el vigésimo aniversario de la unificación ayuda a entender lo que ésta tiene también de completamiento de un trayecto histórico. Sólo seis años después de la capitulación del régimen nazi, la recién creada República Federal firma la creación de la Comunidad del Carbón y del Acero, y otros seis años después el Tratado de Roma, impulsando definitivamente el proceso de integración europea. El enorme esfuerzo de reconstrucción de Alemania confluye en la gestación del proyecto de unidad europea, el cual devendrá, a su vez, en condición de la unificación germana. Alemania forja la UE, aportando iniciativas y generosa financiación, y una UE que se siente fuerte acaba haciendo posible la unificación alemana, saludada como un éxito mayor dos decenios después. Hay en ello, sin duda, algo de cancelación de una deuda con el pasado (y más si se atiende a que el 20º aniversario coincide con el último pago de las indemnizaciones de la Gran Guerra estipuladas en el Tratado de Versalles, en 1919, unos 337.000 millones de euros al cambio actual).

Un nuevo tiempo se abre, en todo caso, en la relación intraeuropea. El plus de europeísmo, tan interesado como obligado, que Alemania ha brindado durante medio siglo, no tiene por qué mantenerlo ya, centrandó ahora la atención en su propio recinto. Y si el acoso al euro sigue alimentando la nostalgia del marco, la tentación de repliegue no dejará de crecer. El resultado es patente desde el estallido de la “crisis griega” en la pasada primavera: las autoridades alemanas cada día son más sensibles a las preferencias que sus electores expresan de restringir el apoyo al resto de la eurozona; “Alemania gestiona las turbulencias del euro a golpe de elecciones regionales”, se llegará a escribir con no poca razón. La expectativa con que se mira a Alemania desde el resto de Europa está, pues, justificada.

### **NOVIEMBRE: VIENTO DEL ESTE**

No pasará a la historia la cumbre del G-20 celebrada a mediados de este mes por los acuerdos alcanzados, pero la reunión de Seúl sí será una fecha señalada en el proceso de mayor trascendencia que está hoy en curso: el desplazamiento del centro de gravedad en la geografía del poder global, un proceso al que la crisis económica ha servido de precipitante. Ni en el fortalecimiento de la regulación bancaria ni en el corte de las tensiones cambiarias y los brotes de proteccionismo, los avances van a merecer un lugar relevante, postergándose posibles pasos en uno y otro frente; pero nunca como en la ocasión aludida lo que el G-20 tiene de escaparate o escenario del liderazgo mundial ha revelado tan palmariamente ese cambio profundo.

El protagonismo de Asia ha sido incuestionable. A la visita de Obama en los días previos a dos grandes potencias asiáticas emergentes, India e Indonesia, se sumó en la víspera misma de la cumbre el encuentro bilateral del presidente norteamericano con su homólogo chino, Hu Jintao, un encuentro que atrae todas las miradas (¿quién habría imaginado, hace tan sólo unos pocos años, que la economía de todo el mundo estuviera conteniendo la respiración hasta ver lo que deciden las autoridades de Pekín con su moneda?). Y el apoyo explícito de Estados Unidos a India como miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, también en los prolegómenos de la cita en Seúl, se produce simultáneamente al acuerdo del Consejo Ejecutivo del FMI para un nuevo reparto de cuotas que refleje mejor el peso de los países emergentes, correspondiendo las mayores ganancias a China, y mejoras también apreciables para India y la República de Corea. Además, la cumbre asiática, primera que se convoca lejos de las capitales occidentales anteriormente anfitrionas del foro de multilateralismo “informal” que es el G-20, contando en esta ocasión entre sus invitados con Singapur y Vietnam, ha servido para contraponer, en el terreno de las políticas de desarrollo, el “consenso de Seúl” al ya más que veinteañero “consenso de Washington”, planteando líneas de acción pragmáticas frente a las recetas radicales de liberalización unilateral, privatización y drásticos ajustes fiscales que entonces se predicaron.

Frente al protagonismo asiático, la merma es para Europa, la cual, una vez más, ha acudido a una gran cita internacional sin voz única, cediendo posiciones en el FMI y con riesgo de irrelevancia a la hora de las decisiones mayores. Una Europa atenazada por sus propios problemas. No hay que olvidar que la crisis financiera coge a la UE *a contrapié*: cuando apenas había comenzado a hacer la digestión de la ampliación que implicaba más costes y más riesgos (doce nuevos países en total, muy diferentes entre sí, y con cultura económica, niveles de renta y cuadros institucionales muy alejados de los estándares que predominan en los países a los que se unen); cuando todavía persistía el bloqueo institucional provocado por el proyecto de Constitución, y cuando Alemania —ya se ha señalado— comienza a conocer pulsiones de introversión después de haber asimilado el impacto económico de su propia reunificación. Ningún tiempo es bueno para padecer una crisis severa, pero alguno es peor. Téngase en cuenta, además, la variable demográfica: Europa es una sociedad envejecida (sólo en España hay un millón más de abuelos que de nietos, si comparamos los totales respectivos de quienes tienen más de 65 años y los menores de 15, y el porcentaje de población con menos de 30 años es en Europa la mitad que en los países árabes: 34% frente a 68%): una sociedad envejecida que reacciona conservadoramente ante cualquier cambio o reforma que implique mengua de derechos y estatus adquiridos, sintiendo el futuro más como amenaza que como promesa.

Por lo demás, en la víspera misma de la cumbre, un nuevo brote de crisis fiscal en los mercados de deuda pública de la eurozona desvelará dificultades especiales en países periféricos. Y justo también en la antesala de la reunión de Seúl, las discrepancias del Banco Central Europeo con la dirección política de la UE, a propósito de la reforma del Pacto de Estabilidad, saltarán a la palestra, incorporando un componente de fricción a los muchos que acarrea el traslado de dicha modificación al Tratado de Lisboa, con el riesgo no descartable de que se abra un nuevo episodio de crisis institucional. Tensiones adicionales para la Unión Europea y, en particular, su *eurozona*, que tiene una sola autoridad monetaria pero dieciséis autoridades fiscales.

Es cierto que la crisis está espoleando iniciativas para profundizar en la unión y dar pasos importantes en la gobernanza económica de la UE: desde nuevas instancias regulatorias o la conversión en permanente del fondo de estabilidad financiera, hasta la supervisión por parte de la Comisión de los presupuestos nacionales o la mayor severidad en las sanciones contra los países con déficits excesivos. Pero, con todo, Europa no puede dejar de sentir el imparable basculamiento del poder y la influencia que ha concentrado durante siglos, contemplando, entre incrédula y recelosa, la pujanza real y mediática de un modelo alternativo al que han preconizado las democracias con origen en su viejo solar: el ejemplo chino de un sistema de economía de mercado en el seno de una dictadura comunista, exhibiendo una eficiencia económica que no necesita de democracia ni de derechos humanos.

Seúl en noviembre de 2010 habrá sido, en todo caso, otro excelente “campo de entrenamiento” para el gigante asiático en su papel de superpotencia emergente, que se tiene a sí mismo como “País del centro”. El viento sopla del este.

### DICIEMBRE: PULSO CIUDADANO

Resulta significativo, en la última vuelta del difícil camino que ha recorrido España durante 2010, la multiplicación de expresiones de reacción de la sociedad civil. Se trata, unas veces, de contribuciones al análisis de la situación y a la definición de políticas, con deliberada voluntad de estimular la acción de los poderes institucionales; otras, de manifestaciones de un estado de opinión profundamente insatisfecho de la idoneidad de los titulares de esas mismas instancias institucionales. Pruebas de sensibilidad ciudadana, en todo caso, ante la envergadura de los problemas; una suerte de “redobles de conciencia” —evocando el título de un hermoso poemario—, que desmiente la inanidad y la atonía atribuidas a porciones importantes de la sociedad española.

A tenor de las encuestas de opinión, el rótulo antedicho no es exagerado si se repara en la coincidencia de estos tres registros dados a conocer en las semanas finales del año: según el barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas, los partidos políticos son la institución que menos confianza les merece a los españoles, por debajo incluso del Gobierno; a su vez, de acuerdo con el informe correspondiente de Transparencia Internacional, los españoles perciben un alto grado de corrupción en los partidos políticos, con tendencia además a empeorar; finalmente, según un estudio de la Fundación Santa María, una mayoría de los jóvenes españoles tiene una opinión “deplorable” sobre los políticos. Son juicios severos pero no sorprendentes. Varios hechos suman sus efectos a la hora de explicarlos: el artificioso clima de confrontación permanente y sectaria; la profesionalización de la minoría, con escaso bagaje formativo en ocasiones señaladas, que acaba dominando cada partido; la instrumentalización de la política como medio de enriquecimiento personal, motivando comportamientos poco ejemplares que con demasiada frecuencia se adentran en lo punible; el actuar a golpe de encuesta, con vaciamiento gradual de idearios y valores, y un largo etcétera.

Del lado de las iniciativas que han alcanzado mayor eco durante 2010, escojo dos. Una, también en los últimos compases del año, la vertida en el documento *Transforma España* elaborado por la Fundación everis y respaldado por un centenar de actores destacados en el mundo empresarial, profesional o académico, conteniendo un amplio abanico de propuestas para convertir la actual encrucijada económica en una oportunidad de transformación estructural, con el confesado propósito de que la sociedad civil asuma su cuota de responsabilidad como “motor y tractor del cambio”.

La otra iniciativa en la que quiero fijarme es la XXVI reunión del Círculo de Economía celebrada en Sitges. El Círculo, creado en 1958 por un grupo de empresarios, académicos y profesionales, todos con relieve y prestigio dentro y fuera de Cataluña (aprovechemos para recordar la figura señera de Jaume Vicens Vives, maestro de historiadores y universitarios), ha cumplido medio siglo en buena forma, consolidado como un foro de opinión fundada e influyente: ha preservado su independencia respecto de la política partidista y ha evitado la servidumbre de la ideologización, consiguiendo que su voz, siempre modulada, sea oída y apreciada. Pues bien, esta vez las jornadas que anualmente organiza en la costa barcelonesa llegaron en un momento de decaído pulso económico y de notoria caída de la reputación exterior de España. Al retraso en articular la primera fase del ajuste fiscal, se añadieron anuncios ambiguos o equívocos sobre el alcance de unas u otras medidas de política económica, seguidos casi siempre de los correspondientes desmentidos o rectificaciones. El desatino mayor de la serie lo protagonizó la modificación, en el decreto respectivo, de la fecha en que quedaría suspendida la autorización a los Ayuntamientos para aumentar su endeudamiento a largo plazo (una simple errata, “sin la mayor importancia”, declaró la vicepresidenta); pero similar estilo de gobernar se hizo patente en lo concerniente a la congelación de las pensiones, al recorte o retraso de los planes de obras públicas o al impuesto a las rentas más altas (a “los ricos”, según la terminología que pugna por hacerse oficial). Entre la improvisación y la incompetencia, un modo de hacer vacilante que no puede sino generar incertidumbre y desasosiego. De ahí la oportunidad de las palabras del presidente del Círculo, Salvador Alemany, en la sesión inaugural de la Reunión de Sitges: “sentimos un abatimiento colectivo”, confesó, para inmediatamente subrayar que “el riesgo no reside tanto en la gravedad de los sacrificios para salir de la crisis, como en la sensación de incertidumbre con la que estamos viviendo...”, demandando, a continuación, que cese la racha de “rumores, preanuncios y mensajes contradictorios”, para “dar paso a un guión claro y, si fuera posible, compartido sobre el camino a seguir”. Mensaje nítido, ciertamente.

Aunque sólo sean toques de atención, bienvenidos sean estos llamamientos procedentes de la sociedad civil española.

### **ENERO: HACIA UN MUNDO DIGITAL**

En época de escasez de buenas noticias, conviene no descuidar las que se van cuentagoteando. Por eso hay que reclamar atención sobre los avances que registra la Sociedad de la Información en España. Así lo revela el contenido del Informe dedicado al tema que Fundación Telefónica presenta en las primeras semanas del nuevo año. Undécimo de una serie anual, el correspondiente a 2010 es un estudio bien trabajado, una excelente contribución al seguimiento de un proceso que silenciosamente está suponiendo cambios profundos en todos los órdenes de la vida social.

Incluso en situaciones económicas adversas, como la actual, el progreso es más que notable. En el último ejercicio, la banda ancha fija ha crecido en España un 8,3% y la banda ancha móvil un 10 por 100. Algo más del 7% lo ha hecho el número de internautas, hasta alcanzar prácticamente los 27 millones de usuarios, cerca de los dos tercios del total de la población. España cuenta con más de diez millones de líneas de banda ancha fija, y 9 de cada 10 hogares que se conectan a Internet lo hacen a través de ellas, superando apreciablemente la media europea (después de haber conseguido también España ocupar una posición de cabeza en la UE en cuanto al acceso de Internet en movilidad).

Hay logros que suponen remoción radical de pautas tradicionales. La Administración electrónica se abre paso a buen ritmo, situándonos en el quinto puesto del *ranking* europeo, tras el Reino Unido, Holanda, Noruega y Dinamarca. El uso de Internet en las escuelas se generaliza (un 83% de los niños de 10 a 15 años lo maneja para algún tipo de actividad formativa) y en el campo de la sanidad las cifras consiguen cotas impresionantes: un 98% de los centros de salud y un 70% de los hospitales disponen ya de “historia clínica electrónica”, y de “cita electrónica” el 87% de los centros de salud.

En definitiva, un balance general altamente positivo, que revela un encadenamiento circular virtuoso por el que una mayor oferta de servicios en Internet atrae a más usuarios, los cuales, a su vez, con su demanda, consiguen que se multipliquen las líneas de banda ancha y su velocidad, lo que aumenta la calidad de acceso y propicia una mayor oferta de nuevos servicios. Un proceso de retroalimentación en el que participan no sólo los jóvenes (un 94% de los que tienen menos de 24 años se declara habitual de la Red), sino también, y crecientemente, población más madura, “contagiada” de las ventajas del uso de las nuevas tecnologías: según el estudio aludido —y éste es uno de los datos más llamativos entre los muchos que ofrece—, es el segmento de población entre 45 y 65 años el que toma el relevo del avance de la digitalización y la realización de actividades usando Internet, con tasas de crecimiento superiores a la media en los últimos dos años.

Nada de ello es fruto del azar. Detrás de esas cifras, más que prometedoras, hay un decidido esfuerzo inversor y una vigorosa apuesta por la innovación empresarial de las operadoras —Telefónica de líder— con el apoyo de las Administraciones. No en vano el sector TIC tiene como seña de identidad un ritmo muy alto de evolución tecnológica, traduciéndose además las mejoras conseguidas en descenso de los precios para los usuarios, lo que significa trasladar la ganancia de la productividad al resto del sistema productivo. Lo dicho: avances de largo aliento, obtenidos laboriosamente pero sin ruido. “Sólo el bien es silencioso”, sentenció Goethe.

## FEBRERO: EUROPA COMO EXIGENCIA

Un cuarto de siglo después de aquel 1986 en que la economía española afrontara, según lo establecido en el Tratado de Adhesión a la entonces CEE, la crucial obligación de reducir progresivamente los aranceles para allanar el camino que conduciría a la plena integración, he aquí otro año decisivo —2011— para la credibilidad de España ante sus socios en la hoy Unión Europea. Sucesivas convocatorias del Consejo del Eurogrupo y de las Cumbres de la Unión Europea serán claves para mejorar las menguadas credenciales del gobierno español. Acudir a esas reuniones con la reforma integral de las Cajas de Ahorro y la reforma de la negociación colectiva debería ser un objetivo prioritario. Ambas reformas, ocioso será anotarlos, pueden suponer, un auténtico cambio de época en sus respectivos ámbitos. Para las Cajas, el nuevo marco legal, al obligar a la mayoría de las entidades a transformarse en bancos y salir a Bolsa antes de un año, significa borrón y cuenta nueva en su historia más que secular. Y en el terreno de los convenios colectivos, si la reforma, como se ha anticipado, se atreve a incorporar dosis apreciables de flexibilidad, acercando la negociación a la realidad de la empresa, y a tomar en consideración algún indicador de productividad a la hora de fijar los salarios, el salto adelante supondrá también situarse en un terreno distinto al transitado durante largos decenios. Llegar, por tanto, a las primeras citas europeas del año habiendo encarado esos dos retos le permitirá al gobierno recuperar algo del margen de maniobra perdido a consecuencia de largo tiempo de inacción, primero, y de vaivenes y contramarchas, más tarde. A más retraso, mayor perjuicio.

No ha sido otro el mensaje transmitido por Angela Merkel en su visita a Madrid, con ocasión de la cumbre hispano-alemana de comienzos de febrero. Ayuda a cambio de reformas, de reformas en profundidad. Europa, pues, como instancia de disciplina para nuestra política económica, como resorte de exigencia de la voluntad de quienes aquí nos gobiernan. El tema no es nuevo, desde luego: ya hace un siglo, al compás de la creciente influencia de Ortega, la modernidad que se nombraba como Europa equivalía a demandar eficacia en la esfera mercantil y calidad en la vida pública y en las instituciones de gobierno (“eficacia y justicia”), y en ciencia (la “cultura superior”); luego, durante el franquismo, cuando muchos decíamos Europa queríamos decir democracia; finalmente, en la España que construye su democracia y es aceptada en el ansiado club, Europa, a la vez que como garantía y salvaguarda de irreversibilidad constitucional, se convertirá en galvanizador de esfuerzos y capacidades (para asimilar el impacto de la adhesión, primero, y para estar en condiciones de participar en la creación de la moneda única, después). Incitación, ancla, estímulo: eso ha sido y es Europa para España. Hoy también fuente de exigencia y disciplina. Afortunadamente.

## MARZO Y ABRIL: MÁS DIFÍCIL TODAVÍA

A los multiplicados indicios durante todo el mes de marzo de que 2011 podría coincidir con un final de ciclo político, le ha seguido el 2 de abril la doble declaración del presidente Rodríguez Zapatero de renunciar a ser candidato en las próximas elecciones generales y de su propósito de completar la legislatura, con objeto de que el Gobierno disponga de un margen mayor para (literalmente) esa “tarea principal que es desarrollar reformas, consolidar la recuperación económica y abrir el tiempo de la creación de empleo”. Se confirma, pues, un final de etapa en el recorrido político, a la vez que se dibuja un voluntarista escenario para clausurarla. La situación, sin embargo, se antoja muy compleja, con independencia de cuánto tiempo reste para la palabra *fin*.

La complejidad proviene, primero, de la contradicción que implica el doble y simultáneo anuncio. Si se trata de eliminar factores de incertidumbre —a ello se refirió también expresamente el presidente—, la apuesta por agotar el plazo máximo de la legislatura casa mal con la provisionalidad que acarrea la renuncia a seguir liderando la acción de gobierno. Es verdad que la estabilidad del régimen democrático español ha encontrado en la plena o casi plena culminación de los periodos legislativos una baza muy importante (baza que en el campo de la política económica, dígase entre paréntesis, queda reflejada de modo diáfano en una simple comparación: mientras que en los siete años que integran el curso central de la Transición, entre el final de 1975 y el de 1982, se suceden en la cartera de Economía 7 titulares, desde el primer gobierno del Felipe González hasta ahora, va para treinta años, sólo en 6 ocasiones ha habido relevo en dicha cartera ministerial: Boyer, Solchaga, Solbes, Rato, Solbes y Salgado). En ese sentido, llevar hasta su tope la actual legislatura podría añadir un eslabón más a la cadena, pero ahora pueden pesar más los componentes de interinidad en el ejercicio del poder introducidos por la renuncia presidencial, con independencia de los que eventualmente aporte el resultado de los ya inmediatos comicios autonómicos y municipales y del previsible bronco ambiente preelectoral que dominará durante los meses venideros.

La experiencia acumulada en la España democrática justifica esa cautela. El ambiente que rodeó el final de los gobiernos de centro, al comienzo de los años ochenta, fue todo menos edificante. A su vez, un ambiente desmoralizador de ese género fue también el que despidió la última legislatura de Felipe González, en el segundo tercio de los años noventa. Y no son ciertamente los más recordables los últimos tiempos de la presidencia de Aznar. Ni para el clima ciudadano ni para la gobernación del país, dicho de otro modo, son propicios los finales de trayecto.

Nuestra historia reciente deja, además, otros aleccionamientos. Los impulsores reformistas más vigorosos en el terreno económico —y vigor requiere lo que hoy está perentoriamente planteado, tanto en el sistema financiero o en el sistema

de pensiones, como en el ámbito de la negociación colectiva o en el del control del gasto público y de la reestructuración de las Administraciones Públicas— se han desplegado, no en períodos terminales de ciclos políticos, sino, todo lo contrario, en sus fases iniciales, cuando el apoyo en las urnas ha fortalecido la voluntad de unos u otros gobernantes. Es lo que reveló el arranque del segundo gabinete de Suárez, tras la jornada electoral del 15 de junio de 1977, acometiendo la reforma fiscal y el diseño del programa que desembocaría en los Pactos de la Moncloa; es también lo que pasó durante la primera parte del gobierno que González formó a raíz de su victoria por mayoría absoluta en el otoño de 1982, dando renovado ímpetu al proceso de ajuste industrial y reforma bancaria, y fecundo fue asimismo el esfuerzo de saneamiento y estabilización que emprendió Aznar tras formar su primer gobierno en la primavera de 1996. Resultaría del todo inédito, dicho de otra forma, el que ahora, a final de trayecto, se realizara —con potenciales altos costes electorales— lo que es propio de tiempos inaugurales. Sería el más difícil todavía.

El previsible final del ciclo político invita, por lo demás, a ciertas reservas sobre la influencia de la economía en el voto. Lo que nos ofrece el pasado reciente desmiente cualquier planteamiento causalmente simplista al respecto. En octubre de 1982, al celebrarse las elecciones que dieron la primera mayoría absoluta al partido socialista, la economía española ya se estaba alejando con rapidez de la recesión contabilizada en el ejercicio anterior (el PIB retrocedió un 0,2 en 1981, para crecer un 1,6 en 1982). Al conseguir el Partido Popular su primera victoria, en 1996, la recesión de 1993 (descenso del 1,1 del PIB) ya se había dejado claramente atrás (con avances del PIB situados en torno al 2,5 en 1994 y 1995). Y en 2004, cuando cambia de nuevo el turno político, a la fuerte expansión económica nadie le ponía aún fecha de terminación. Tomen nota de ello, pues, tanto los que gustan de cortejar la catástrofe, como los optimistas contra viento y marea, dos especies, por cierto, que resultan de muy poca ayuda en tiempos como del que aquí doy testimonio.

